Un Libro Resucitado

Por Angel Rama

El sujeto del escritorio de un narrador depa-
ra alegres sorpresas
como esta: que a treinta años largos de creado
un nuevo texto, aparezca ya el autor en nuevo
o otras coordenadas estéticas. El Albajadito (1)
de Miguel Angel Asturias, lleva este colofón: "Este
libro, escrito en París en 1927, fue secado del
manuscrito en Buenos Aires en 1960, y acabóse
de imprimir el 14 de Julio de 1967". Es por lo
tanto obra de la juventud de Asturias, contemporá-
nea de los estudios sobre religiones y mitos de
Centro América. Que hizo en París, bajo la in-
tención de Georges Raynaud; contemporánea de
su descubrimiento en vivo del supernaturalismo tran-
sa de el mal de corazón, y de su dedicación pro-
ra a la literatura de la que saldría en 1930
Leyendas de Guatemala.

Es esa época en muchos sentidos heroica, la de
experiencia del arte, de la imaginación, de la
interpretación lírica de la realidad americana,
ya que recurge con este hermoso libro. Corres-
ponde, pues, al primer período creador de Astu-
rias, donde indudablemente las Leyendas, que
ida El señor presidente (México, 1946), su otra
mitad de trinitrio Hombres de maíz y Mulatas
que recogerá en Sien de Alondra (ambos de 1949),
y este primer ciclo seguirá otro con su trilogía
de la banana —Mr. Mamerto Puerto (1950), Ejecu-
ciado (1954), Los ojos de los enterrados (1960)—
y el tomo de cuentos Week-end en Guatemala
(1967), otro donde abundan las mezcla de la in-
terpretación social de la realidad americana que,
en embargo, ya despuntaba en su primera época
bajo el rostro de la pobreza del arte nueva sociedad
poesía y brutalizada.

Y sin embargo, El Albajadito no resulta un lib-
ro extemporáneo, sino que tipifica la necesaria
guza en la carrera de un escritor, cuando luego
se haber puesto en acto el servicio de una vita-
lidad necesaria y ardiente, experimenta ese deseo
de retorno al arte más puiero.

Este libro parece haberse tratado de la mano, otro
publicado en 1960 por Asturias: una selección de
trinta presidencias, (2) donde aparecen, con
su alma juvenilez, a tomar contacto con nes des-
ventura creación artística de las culturas mayas
cerca que estudiaba en la Sorbonne. Con
cuales está ligado por muy hondos y vivien-
tes lazos. Al punto de que Miguel Angel Astu-
rias se nos aparece como un Antón Quijano
—el otro aunque en distintas coordenadas, podría
C. E. Alegría— de la vivificación de un espíritu
indígena americano que artículo y enriquece la cul-
tura española que inundó a América desde el
descubrimiento de aquella tierra, que es Europa
por París y por la experiencia de la vanguardia
europea.

De este uno de los misterios del funcionamiento
cultural americano. La incitación superrealista en
las Leyendas de Guatemala y en El Albajadito,
como la recuperación de los mitos, es de una
sublista y moderniza, es evidente. Un lector
sutido podría hablar de una transposición. Es
Pero, el caso de Asturias, no es el de Usiar
Beel; en el guatemalteco la incitación simoliz-
y superrealista está en otra dirección: es una
sa aportación tan exrcionmente americana como
que es anterior a la conquista española. Las no
Mundo que dinchoar las aportaciones de los
de la proceso más intelectualizado y más rico
ad ido, la sirgen a este americanismo como
ctos modernos para ver con claridad mayor y
ma sin corajo, una verdad y una realidad nati-
ga, una realidad habitual en nuestro continente,
esta desmoetizadas.

Este proceso de descubrimiento y perurgización
de aporte indígena en la obra de Asturias, como
de literatura, lo hace Asturias en el arikamos Parte
sexual, cuando trazo una paloma superrealista,
Mulata 1927 y 1933. Ella, que dedicaba a Asturias
quienes en estos días, que firma Atilio Jorge
Castagnoli —donde se ordena y parafrasea el
texto— escribe así, como Rimbaud, en el
ventiuno surrealista (pero que en la primera poe-
ma sensible) con Antonin Artaud, Robert Bre-
ton, Louis Aragon, Paul Eluard, el inglés Eugene
Jolas y la norteamericana Gertrude Stein. Conocer
las ideas de los tradicionalistas franceses en gis-
tes e ideografías en música... Son sus compañe-
ros en este trinitrio europeo, el novelista cuba-
dejo Carpentier, el mexicano Manuel de Pedro,
el libero caricaturista salvadoreño Toño Salazar,
y con poeta peruano César Vallejo, el mexi-
cano Carlos Pellicer, el guatemalteco Rodolfo
el ecuatorio Carlos Quijano. En esta época, y
en es ano de retornos, Asturias en París ha
hecho brillante del 20 al 30, entre latinoamericanos,
ros, otros, donde luego, levantan una inqui-
ter pulsaos antimpresionista que ya pues que
la Segovia, César Sandino habín erguido la
ldano rebelde de la libertad. En esta época
Mundo a la causa del hombre, Asturias, en los
ros José Ingenieros, Vasconcelos, los referentes
ritos y el pensamiento defendió de Miguel
Unamuno, Henry Torres, etc".

La tacha antimperialista vendrá más tarde pa-
ra el gringo Asturias, concretada con su Señor
Presidente y se irá acentuando en sus recientes
ciclos, radicalizando su literatura. Pero este
Albajadito nos lleva más atrás, a los orígenes de
la escritor y solo acepta empaparse con las
Leyendas de Guatemala. Es un libro desigual,
ensayo en la misma forma, que es fragmenta-
ria que las Leyendas, dando la sensación de que
a ella congiangido con materiales diversos.

Hay aquí, en esta prosa, un hombre atravesado por un ángel: eso no disuelve la materia real con que se construye la obra, sino que, paradójicamente, acrecienta su vivacidad y su intensidad que sacude las palabras y articula sucesivas imágenes. Vease la capacidad descriptiva de Asturias: "*¡Pobre imaginicida! Le llamaban el Azucudón por su traje de color negro amarillento, por su pelo rojo pegado a las orejas de la cabeza pequeña como peluquín de pluma y porque, como los azucunes, emigraba en invierno de una habitación a otra de la casa llevando su cama, su mesa, su silla, sus libros, fugas que coincidían con la cascada tiroidal de algún espejo hecho pedazos, agua de estos que los niños observan como el granizo de las primeras lluvias*". O este abarcoramiento donde se pondera la velocidad creativa de su poesía, el entonado de los mucí bajo de sus pinceladas, el ingenio de la composición: "*Los ojos de cerda de tres hojas, más cerca que carbón negro, se apoyaba en un bastón nudoso, para ir por los gallinazos, hamacuando el cuerpo de lado sobre las piernas en forma, bajo, enjuto, zambulido, la cabeza entre los hombros, las orejas casi escondidos. Oh señor tan viejo... Ya no era, había sido. Hay un momento en la vida en que se empieza a decir fui. Nombre, dad, tiempo, sin verbo*".

Realidad, leyenda, fantasía, historia, todo queda trasputo a la visión del Albajadito, "*cuyos párpados extendieron mordisqueados con las pestañas sedosas lo que veían y lo que recordaban*". Asturias sitúa en un presente infantil donde el tiempo se convierte en una dimensión variable, *pero tiene la habilidad de establecer un límite* a la realidad tangible, si acaso existe independiente y precisa, y superponer sobre él una otra realidad, más rica, de la participación emotiva que por momentos es casi una participación mística. Explícitamente indicaba en *Leyendas de Guatemala* que esa creación superior es la del suelo y el lo entendía el propio Valery. Pero que nuestro no podemos adjetivarlo de vano e irreal como de costumbre, porque es un modo de apropiación subjetiva de la realidad, tanto en la palabra, una conquista.

Se citó que a través de ese suelo Asturias no sólo recupera la realidad de la infancia, la realidad de los mitos que aún se conservan en los pueblos indígenas, sino que «ahí más atrás: "*De cuja corte me acuerdo en sueños*" había dicho otro centroamericano para explicar su marcha de participar y recuperarse desde las antiguas culturas europeas. A diferencia de Darío, Asturias no vuelve a Europa a ser sangre del mundo de la conquista, cuando conviven, aun Ibereciates, las culturas indígenas, y la que aporta el español. Vuelve a Europa a ejercer precisamente, observando como a veces se atreve a retocar o completar uno de esos pasmos mirífico de la antigüedad americana, que sentimos cerca del funcionamiento de la imaginación literaria de este *Albajadito*.

"*Señor de la turquesa, señor azul, / el de rostro amarillo, / señor del fuego, / labios embadurnados de sangre, / señor de cabellos / como un oro piedras preciosas, / su casco de cortezas vegetal con su penacho de quetzales, / su tocado de flechas / con la turquesa / de los ojos de Cartamarillo*" pero podría ser una de las "Cortinas" de las *Leyendas*. Y el espíritu de esta obra —de Asturias— que nos buscaremos en breve lectura lamento de "La casa de los cantos" donde hace nuevamente alusión un poema indígena: "*Solo debemos a dormir, sólo venimos a soñar: no es verdad que venimos a vivir a la tierra*". Un sueño que está siempre al filo del despertar y que es un modo de exorcizar a la muerte —¡*Ojalá wanca muera, ojalá nunca perezca ya*! dice otro de estos poetas— un modo de recuperar el ángulo, posteo reptiles de los sentidos salvándolo del tiempo, de la destrucción, deteniéndolo en un presente puro y de plena maravilla.

El sueño es así el único modo de salvar la materia, pero la materia existe esta prosa, aprovechada para los que se han formado en las riberas del Plata, quienes estarán dispuestos a calificarla de frívolo, ya que ellos viven en mengua de su excelencia artística. Al contrario. El camino de la prosa en nuestro país —nuestro— refiere a la cadena —y hacia una simplificada cada día más grie, con un empobrecimiento visible del vocabulario, en el modo como se enunciaban, de lo informativo, un aparente desinterés por la calidad artística y la riqueza expresiva. Dentro de esta panorama —y también como por reacción psicólicos típicos, por el uso desmedido de malas traducciones, por un injerto exterior en las literaturas de otras lenguas— la prosa de Asturias tiene una calidad jugosa, colorista, plástica, que nos permite recordar la tradición de la literatura española clásica y nos permite avizorar posibilidades expresivas mucho más amplias. Ello es posible por la misma superposición de estas obras sobre lo sensorial, en oposición al *esquematismo mental* que rige la producción más normal del Río de la Plata. Son dos vías expresivas que testimonian el amplio bosque de la literatura americana.

(1) Miguel Angel Asturias. El Albajadito. Buenos Aires, Goyanarte, 1961. 141 pp.
(2) Poesía precolombina. Buenos Aires, Comp. General Fabril, Editora, 1960. 177 pp. (Selección, introducción y notas de Atilio Jorge Castagnoli).
(3) Atilio Jorge Castagnoli: Miguel Angel Asturias. Buenos Aires, Kapelusz, 1961. 32 pp. (Colec. "Clásicos del siglo XX").